
Introducción

El siglo xx, que tan pocos años hace que finó, concluyó con una paradójica imagen de la juventud del mundo. Por una parte el “ser joven” se convirtió bajo la égida de una descripción “peterpanesca” de la realidad en anhelado mito de todos aquellos a los que la cronología borró de tal categoría. Por otra, el anhelo nostálgico de los que proclaman a voz en grito que “cualquiera tiempo pasado fue mejor” (y su correlato de “para juventud la nuestra”), ha desarrollado una subrepticia criminalización de lo juvenil, amparada en una insolente crítica que considera que los jóvenes del mundo han perdido su pureza y se amoldan, hoy exclusivamente, a todo aquello que se considera denigratorio. No son, con todo, nuevas ninguna de las dos actitudes, pues se remontan, cuando menos, a la caída del Imperio Romano sin que generación tras generación haya faltado continuidad.

Justamente por tal motivo, son tan necesarias las indagaciones rigurosas acerca de cuáles son los estilos de vida de quienes hoy son jóvenes, cuáles son sus anhelos, sus problemas, sus aspiraciones y el mundo por el que suspiran, si lo hubiere. Y a tal responde el número de *Estudios Jaliscienses* que el lector tiene entre sus manos. Un número que confronta y suma cinco perspectivas diferentes que abordan tanto las relaciones que los jóvenes mantienen entre sí, como las que mantienen con las administraciones públicas. Puntos de vista diversos que, sin embargo, convergen en una narrativa plural que demanda una mirada sobre lo joven que trasciende el estereotipo; ya se trate de la sexualidad o la violencia, ya se aborde la atención pública a los jóvenes o se haga lo propio con la generación discursiva de resistencia a cualquier contacto administrativo. En cualquier caso, este número muestra el carácter protagónico que, por activa y pasiva, los jóvenes tienen en la esfera de la publicidad, entendida ésta como el espacio donde lo público se desarrolla.

María Martha Collignon Goribar, en su reflexión acerca de las “Narrativas juveniles sobre sexualidad y sida” plantea, desde un conjunto de interrogantes, la relevancia de los jóvenes en las transformaciones mundiales, particularmente en el ámbito de la sexualidad. Adoptando como premisa que la sexualidad no es un hecho meramente biológico, pues los comportamientos sexuales son prescritos (y proscritos, añade ella) socialmente, Collignon encadena varias

cuestiones sobre la incidencia del VIH/SIDA en los estilos de vida que individual y colectivamente desarrollan los jóvenes. Más allá de los meros comportamientos sexuales, dicha concatenación le permite presentar un atisbo de mural en el que se observan cuatro narrativas diferentes vinculadas a tales comportamientos. Dichas narrativas ponen de manifiesto cómo existen entre los jóvenes, al menos, cuatro formas distintas e igualmente complejas de posicionarse ante la sexualidad y la forma en que ésta ha de vivirse. Estas cuatro narrativas, que recordando épocas clásicas María Martha Collignon sintetiza como “la presencia de Dionisos”, la “herencia de Afrodita”, la “influencia de Themis” y el “pensamiento de San Agustín”, revelan que el VIH/SIDA puede observarse de manera poliédrica en la construcción de una sexualidad (placentera, amorosa, ordenada o trascendente) ligada a valores y actitudes que exteriorizan no sólo una diversidad sexual sino, sobre todo, una construcción dialógica de la realidad social que es desarrollada por los jóvenes desde el respeto a la otredad.

Esta actitud no implica necesariamente una sumisión al orden establecido, tal y como muestra Zeyda Rodríguez Morales al considerar algunas prácticas apreciables en las relaciones amorosas entre jóvenes. En su artículo “El arte del débil: tácticas y estrategias juveniles”, Zeyda Rodríguez muestra cómo las prácticas amorosas juveniles no son políticamente neutrales. Es más, dichas prácticas, más allá de permitir una crónica biográfica coherente a los que de ellas hacen uso, suponen la emergencia de nuevos mecanismos de toma del poder social mediante un sutil proceso de aculturación antagonista. La actitud contra-hegemónica de las mismas, que impide considerar que los cambios afectan de manera uniforme a todos los jóvenes, indica que las prácticas amorosas pueden relacionarse directamente con subterfugios que posibilitan una resistencia al poder socialmente instituido, cuando no directamente una subversión, que se pone de manifiesto particularmente en el ámbito de lo subinstitucional.

Justamente por tal motivo, resulta pertinente prestar atención, como hacen Miguel Vizcarra Dávila en “La atención pública a la juventud en Jalisco” y Rogelio Marcial en “La violencia hacia los jóvenes desde el poder”, a los planes institucionalizados que se desarrollan en torno a la juventud. El ensayo de Miguel Vizcarra plantea un pormenorizado análisis de los cambios habidos en las instituciones mexicanas, en general, y jaliscienses, en particular, en lo relativo al tratamiento institucional de la juventud. Desde el próximo (aunque lejano) 1952 en que se creó el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana (INJM) hasta

nuestros días, pasando por el CREA y aún antes por el INJUVE de la época de Luis Echeverría, no sólo han ido mudando las iniciativas que las administraciones han desarrollado hacia los jóvenes, sino también la forma misma de concebir a la juventud. El bosquejo histórico impide hablar de lo joven en abstracto y general, pues si algo muestra es justamente cómo lo joven es una construcción social que varía con la historia. Tras esta apreciación, Vizcarra se detiene a analizar las actuaciones que, en diversos campos, desarrolla el recientemente creado Instituto Jalisciense de la Juventud (IJJ) y el centenar largo de Institutos Municipales de Atención a la Juventud. Sirve este análisis de proemio para un diagnóstico de la situación actual de la juventud jalisciense que permite sugerir un conjunto de mejoras del tratamiento de los principales problemas planteados.

Tras constatar una “carencia de sensibilidad y conocimiento” hacia los y de los jóvenes, la visión que Rogelio Marcial tiene de las actuaciones que en materia de juventud ha desarrollado el gobierno panista de Francisco Ramírez Acuña en Jalisco, resulta mucho más crítica. Dos son básicamente los problemas, de diferente índole, que plantea Rogelio Marcial. Por una parte, las políticas públicas definidas hacia los jóvenes por la administración jalisciense han sido desarrolladas de forma totalmente paternalista, sobre un “escritorio” desde el que se considera a los jóvenes más como objetos que como sujetos pensantes y actuantes. Por otra, la conversión de los jóvenes a la moral dominante se ha vuelto el objetivo único de tales actuaciones políticas. Con estos dos axiomas, la divergencia entre un discurso público políticamente correcto que asume la democratización y la diversidad, y una práctica intolerante y autoritaria se pone de manifiesto en cada acto administrativo.

El análisis de lo acontecido y dicho en la represión de una fiesta *rave* convocada en el año 2002 en Tlajomulco, es utilizado por Rogelio Marcial para mostrar cómo la cultura es concebida de forma conservadora por un poder jalisciense que se autoconceptúa como auténtico guardián de las esencias culturales. Desde tal autoconfiguración, cualquier expresión que subvierta la moralidad dominante es estigmatizada *ipso facto*. Esto es, según Rogelio Marcial, la administración pública de Jalisco desarrolla un continuado y decidido ataque hacia cualquier forma de expresión juvenil que no se corresponda con lo que la moral pretendidamente hegemónica dicta, haciendo de la represión y la mentira su forma básica de actuación. Frente a tal concepción, que incluso obvia los derechos humanos más elementales,

Marcial apuesta decididamente por la gestión de la diversidad cultural como instrumento de democratización y de humanización de los jóvenes.

Por otra parte, si los usos de la sexualidad y lo amoroso muestran no solo esa humanidad sino cómo lo público y lo privado se entremezclan, el ensayo de J. Igor González Aguirre “(Des)apegos apasionados: juventud y esfera pública en Guadalajara” pone de manifiesto la labilidad de las construcciones discursivas que los jóvenes desarrollan en la esfera de las construcciones simbólicas vinculadas a lo político. Lo relevante de estas discusiones es cómo, trascendiendo una vez más el estereotipo, el silencio se constituye en parte fundamental tanto de lo dicho como de lo no dicho. Por ello, la reflexión de Igor González, bordeando la teoría de juegos, halla en el ámbito de la “indecibilidad” su mayor expresión, valga la aparente paradoja. La expresividad de lo no dicho mediante la palabra, y en la que el cuerpo juega a veces el papel de “marca”, se convierte en parte constitutiva del discurso de construcción juvenil de la ciudadanía en el área metropolitana de Guadalajara. El análisis de lo que no se dice formalmente pone de manifiesto, según Igor González, algunas de las estrategias que caracterizan la infrapolítica cotidiana. Así, la escasa involucración de los jóvenes en la dimensión formalmente institucionalizada de lo político no revela un desinterés por lo público, sino un distanciamiento del orden formalmente instituido donde no se escuchan voces sino ecos, que decía el poeta. Por tal motivo, la relación discursiva que los jóvenes mantienen con lo político es básicamente ambigua y pragmática. Es decir, más que disonancias cognitivas, el discurso juvenil sobre lo político muestra una continua adaptación de los procesos de ajuste entre los discursos y los contextos de acción práctica que les otorgan validez.

En suma, más allá de lo que los poderes quieren, el número que el lector tiene en sus manos recuerda que los jóvenes son fundamentalmente jóvenes. Lo que cambia son los contextos que nos permiten apreciar qué es ser joven hoy. Y eso es justamente lo que estas páginas muestran.

Pedro Tomé Martín